

Mecanismos de invisibilidad en las nuevas tecnologías: cuando el destino nos alcance ya es hoy

MARÍA PAZ AMARO

1. Socavones

El socavón de Santa María Zacatepec en Puebla fue descrito por fotógrafos y periodistas que visitaron la región y tomaron imágenes con ayuda de drones, como una herida negra en medio de un campo verde. El día en que la herida negra se manifestó, vecinos cercanos a Santa María Zacatepec recuerdan haber escuchado el crujido de la tierra como si se tratara de un terremoto o de pequeñas erupciones volcánicas usualmente escuchadas en zonas aledañas. Científicos expertos del Instituto Politécnico Nacional han argüido que el socavón seguramente fue provocado por la intensa extracción de aguas subterráneas en los últimos quince años. A la acción de la población rural, que se ha visto obligada a cavar pozos ante la escasez de agua, se suma la de granjas, fábricas textiles, empresas farmacéuticas, la ensambladora de la Volkswagen. La alianza local Pueblos Unidos ha denunciado las prácticas de extracción de Bonafont, subsidiaria de la multiglobal Danone que cuenta con una planta en estos lares. Mientras los lugareños encuentran cada vez más difícil hallar este vital recurso en el subsuelo, se dice que Bonafont extrae de esta zona más de cuatrocientos mil galones al día. Las grandes corporaciones consiguen permisos y concesiones que la misma CONAGUA (entidad erigida para prevenir el sobreuso), facilita en un entorno susceptible de corrupción. Probablemente las condiciones del suelo local —más movedizo debido a las cenizas volcánicas que son fáciles de ser arrastradas en lugar de sedimentarse en las corrientes subterráneas acuosas— han sido debilitadas aún más por el fenómeno de la extracción. El 8 de agosto de 2021,

el colectivo cerró el pozo industrial y pintó con color rojo la palabra “Clausurado”. En una rueda de prensa, Pueblos Unidos anunció entonces que en el espacio de la planta ocupada se implementaría un centro comunitario llamado Casa de los Pueblos, *Altepelmecalli* en náhuatl. Al día siguiente, un *dossier* de prensa de la compañía Bonafont condenó a los activistas en los términos de entrada ilegal y actos de vandalismo. ¿Quién llegó primero? ¿A quién o a quiénes les pertenece la tierra? ¿Cuál de ellos es el verdadero vándalo?

En un contexto internacional donde en 2020 fueron asesinados más de doscientos activistas del medio ambiente, el 15 de febrero de 2022 cientos de miembros de la Guardia Nacional, policías locales y estatales, irrumpieron en la planta de Bonafont ocupada por miembros de Pueblos Unidos. Los policías apuntaron sus armas hacia quienes usaban sus celulares para tomar registro. Las barricadas de los activistas fueron derribadas y los grafitis pintados en los muros, eliminados. Desde entonces, guardias privados con perros adiestrados vigilan la planta cuyas operaciones han cerrado hasta nuevo aviso.

El fenómeno reciente de estas depresiones que se hundan de forma impredecible en distintos lugares del globo se equipara, cual poema distópico, con el *missing data*, los mecanismos de vigilancia y la insurgencia presente en el camuflaje que artistas, *hackers* y colectivos contraculturales desarrollan a la par para contrarrestar la manipulación que el Estado y las empresas ejercen en contra de nuestra subjetividad, nuestros cuerpos, nuestras acciones y nuestra privacidad. A fines de 2021, el gigante socavón que (des)apareció en Noruega también fue noticia. La causa exacta de los derrumbes permanece incierta, aun cuando el tipo de arcilla debajo del área afectada de Ask es clasificada como de alto riesgo debido a su elevada capacidad de licuación al tiempo que de propagación. Al ser este país uno de los principales productores de hidrocarburo, activistas noruegos del medio ambiente relacionan esta catástrofe con las perforaciones petrolíferas cercanas ubicadas en el Ártico, y por ello han solicitado a la Corte Europea de Derechos Humanos (ECHR, por sus siglas en inglés) una Orden en contra de los planes para ampliar actividades.

Al hallazgo enunciado por Benedict Anderson en su famoso libro *Comunidades imaginarias* (1983), toda vez que cita a los nuevos medios informativos como la coyuntura para posibilitar el desarrollo de colectividades más politizadas, se suman hoy artefactos y dispositivos cada vez más sofisticados que amplían su alcance por medio de las nuevas tecnologías. Hoy en día, la gran preocupación presente en la población civil

resume a equilibrar las posibilidades de expresión y denuncia por medio de nuestras redes sociales y de nuestros celulares en el gran entramado corporativo y político que se ve afectado de forma directa por este libre ejercicio. Nos hallamos frente a un momento peculiar en el que pocos son conscientes de temas como la legislación del genoma humano, qué alimentos son transgénicos, cuál es el daño que causan industrias como la extractiva a corto, mediano y largo plazo. Vivimos en una total ambigüedad al emplear las nuevas tecnologías para la insurrección y también para la enajenación. Las nuevas generaciones trasladan su atención del Tik Tok al *spot* de Twitter que se presume de carácter más constructivo. Nuestros registros y nuestras denuncias se diluyen en un tiempo sin aparente memoria, desechable apenas surja un nuevo *trending topic*. La problemática que deja entrever el surgimiento de ambos socavones en latitudes opuestas, se antoja una visión profética y apocalíptica que nos obliga al desarrollo de una elaboración analítica más profunda si no deseamos sucumbir ante el hundimiento de la tierra bajo nuestros pies.

2. El des-ocultamiento

Maurice Merleau-Ponty, en su libro *Lo visible y lo invisible* (1968) señala que tan pronto como una filosofía se declara a sí misma ser reflexión o coincidencia, predispone *aquello* que debe encontrar. Es así que, entonces, tiene que optar por rechazar los instrumentos de reflexión e intuición previamente provistos, y reinstalarse en un nuevo locus reflexivo para abrirse a experiencias que no se han perfeccionado, que nos ofrecen todo a la vez, confusamente ambos: sujeto y objeto; confusamente ambos: existencia y esencia. Por tanto, el teórico sugiere que debemos de hacernos de nuevos recursos filosóficos para redefinir a los anteriores. En este sentido, recuerda que el ver es, a la vez, una experiencia irrecusable y enigmática. Paradójicamente, la visión desaparece justo en el momento de la formación mental de la imagen, por desaparición de aquello visible sustituido por la conciencia de lo visto, de su reflexión.

“¿Qué sucede que mi mirada, envolviendo aquello que miro, no lo esconde?; ¿lo oculta, pero también lo *des-oculta*?”

La anterior paráfrasis suscita muchas preguntas que no han perdido vigencia, pese a que nos separan más de cincuenta años de estas premisas entonces noveles, en virtud de que refieren a las metodologías y modos empleados de análisis de la realidad que nos circunda. En un gran entorno genérico denominado como “nuevas tecnologías” a raíz de las dos grandes guerras, filósofos como Martin Heidegger, Hans Jonas,

Jacques Ellul, Günther Anders y otros más recientes como Siegfried Ziehlinski, Paul Virilio o Paula Sibilia, se han preguntado por el carácter de la técnica ancestral que se transforma en tecnología. Los más de ellos son alarmistas, sugieren el sacrificio de la comodidad del individuo y la toma de medidas totalitarias como el racionamiento de los recursos vitales per cápita. Tal parece que debemos encontrar nuevas formas de abordar el *bluff tecnológico* acuñado por Jacques Ellul. A la par de Google subsiste la *deep web*; dos ventanas al mundo, aunque una sea más invisible que la otra. Los universos paralelos de Christopher Nolan se apoderan de nosotros, pues pretendemos tener control sobre aquello a lo que somos expuestos e invitados. En un mundo en donde aparentemente todo es visible y el acceso a mapas, imágenes y recursos de conocimiento es hasta ahora de uso gratuito, sabemos que no tenemos acceso como ciudadanos a información confidencial que por derecho nos pertenece, y que los datos, los discursos y las imágenes de los mecanismos de vigilancia alimentan un sistema orwelliano. Cuando el destino nos alcance ya es hoy.

3. Data visual

Al menos los que vivimos en ciudades —ergo, la gran mayoría de los habitantes de este mundo— somos conscientes de que todo aquello que hacemos está atravesado por el espectro de las nuevas tecnologías: desde nuestra locomoción hasta nuestra sociabilidad, la vida pública y la privada, las declaraciones de impuestos que hacemos, aquello que consumimos, nuestras vías de entretenimiento y desahogo, lo que aprendemos, cómo nos informamos y nos desinformamos. Pareciera que el estado tecnológico de las cosas permite *ver* o acceder a estas aún más acuciosamente y de forma más veloz que en el pasado. A la par de fibras ópticas, cristal líquido, nanotecnología, algoritmos, envío y recepción de datos por vía satelital o intraoceánica, a nuestros ojos se añade un nuevo agente: la máquina que aprende a ver, a reconocer, a recibir mandatos creativos o imperativos. En el texto *Imágenes invisibles (tus fotografías te están mirando)*, el artista Trevor Paglen da cuenta del dramático cambio sucedido, en el que la cultura visual ha resultado una excepción de la regla en el momento en que una cantidad apabullante de imágenes son hechas por unas máquinas para ser *vistas* por otras. Aunque nos cueste imaginarlo, los seres humanos rara vez constituyen parte de esta comunión. Paglen considera éste un cambio de proporciones tectónicas, en tanto sucede invisiblemente ante nuestros propios ojos, por absurdo

que parezca. Es la operación mental de Merleau-Ponty citada párrafos atrás, vuelta materialidad.

Deberíamos preguntarnos de forma más frecuente qué tanto vemos realmente. La actual automatización de la visión a tal escala se liga directamente al ejercicio del poder del Estado y de las grandes corporaciones. Sin embargo, la cultura social invisible no es exclusiva de operaciones industriales, no se aplica sólo al refuerzo de la ley o a la reinención de ciudades “inteligentes”; se extiende además a los trillones de imágenes que compartimos a través de las plataformas digitales. Cada vez que “subimos” imágenes a una red social, alimentamos un despliegue de inteligencia artificial poderosísimo para los sistemas de información alrededor del reconocimiento de personas, lugares, objetos, hábitos y preferencias, identificación de género, raza y clase, estatus económico y un largo etcétera. Tantas más imágenes reciba Google más preciso se vuelve, produciendo así una nueva fundación presente y futura en torno al ver.

4. Citizen Science vs. retórica estética

A fin de contrarrestar la acción de los gobiernos que buscan formas nuevas para hacerse de ingresos públicos en la era del recorte de personal, o del *tempo* inexorable del gran capital que encuentra la forma de adentrarse en nuestra vida cotidiana, Paglen cita a una nueva generación de artistas como Adam Harvey, quien se encuentra desarrollando maquiillaje que impide el reconocimiento facial por algoritmos, ropa que cancela el registro de la temperatura corporal y bolsillos diseñados para prevenir el rastreo de los teléfonos celulares. Asimismo, Julian Oliver genera máquinas depredadoras que nos muestran el grado en el que nuestra data es perseguida por inteligencia artificial ultrasensible y la clase de información que colectan de los individuos promedio.

Mucho se ha dicho en torno al papel social de los artistas como agentes de cambio, y probablemente pidamos demasiado a estos en nuestro afán por tener más control de nuestras vidas y nuestras acciones en un panorama en el que las decisiones ajenas de un monstruo sin cabeza nos constriñen. No obstante, debemos defender esta suerte de fuero y de libre albedrío que la contracultura y el jackerismo presuponen a fin de evitar la automatización. El TAZ (Temporary Autonomous Zone) del recientemente finado Jakim Bey debería suplir a los libros de horas, a las antiguas máximas que pergeñaban forjar el carácter y reeducar el deseo. Si aspiramos a un sistema social diverso, mayoritario, interseccional, es necesario crear dinamismos civiles que generen más conciencia y acción en

nuestro entorno mediato e inmediato. La reciente prueba-error del plebiscito constituyente chileno servirá en función de no ceder, de no cejar, de desarrollar nuevas formas y códigos incluso mediáticos y tecnológicos a fin de habilitar un mundo más amable para las siguientes generaciones.

No todo está agotado, no podemos abatirnos e impregnarnos de la ola batiente del pesimismo. Sabemos que la fotografía y el cine entre otras formas de expresión modernas han logrado articular gran parte de la sociedad actual. En las primeras escenas del documental *Detrás de los titulares*, realizado por Daniel Sager (2021), observamos a los periodistas de los *Panama Papers*, Frederik Obermaier y Bastian Obermayer, colocarse unos lentes especiales cuya finalidad es evitar el reconocimiento de sus rostros en una entrevista en línea con algún facilitador de información confidencial. Para salvaguardar su identidad y continuar con la investigación que *abrirá* los ojos a la ciudadanía, los periodistas se esconden de los sistemas de reconocimiento, tal y como cuando vemos pixeleados los rostros de los hijos de las *celebrities* o escuchamos la voz distorsionada de algún testigo protegido. En *USERS* (2021), documental de Natalia Almada, el rostro de su hijo que mira una pantalla deviene un patrón de reconocimiento maquínico. La cineasta inicia su pesquisa con una pregunta: ¿Acaso sus hijos amarán a las máquinas perfectas de su vida más que a ella, su imperfecta madre? En una escena posterior, Almada vuelve a cuestionarse: ¿Valdrá la pena dejar el rastro de su voz recreada por una máquina para que sus hijos la recuerden cuando no se encuentre más entre ellos?

Entre los fines del siglo XIX e inicios del XX, Odilon Redon hablaba de poner lo visible al servicio de lo invisible a nivel pictórico. Tiempo después, el uso de la fotografía se democratizó, remplazando a la memoria desleída por el tiempo. Los formatos de registro son sustituidos por nuevos: Betamax y VHS para la reproducción de las *home movies* se transformaron en discos de acopio cada vez más compactos, luego USBs del tamaño de la uña del dedo meñique destinados a depender de un dispositivo específico para descifrar su contenido, mismo que eventualmente será arcaico. Es posible que el sueño de Natalia Almada quede imposibilitado por el imperativo económico-tecnológico y sus hijos padezcan la caducidad de los formatos ante los futuros dispositivos. Desconocemos la vigencia futura de tecnologías de resguardo y almacenamiento como lo son los libros, los viniles y las polaroids, pues tal pareciera que a ellas nos anclan motivos más nostálgicos que prácticos.

Si la academia y las modas permearon nuestros regímenes escópicos recientes, ahora se utilizan para configurar un espacio de interpretación.

Diría Paglen que aquello señalado como VERDADERO —por ejemplo, las imágenes obtenidas por el telescopio espacial James Webb— es, en realidad, una estrategia de elucubración. De la misma manera en que la nueva plataforma *DALL-E* reproduce imágenes inspiradas en un determinado bagaje visual, el lenguaje estético de las imágenes del telescopio recurre a tropos formales que el subconsciente asocia con otras ya conocidas. Alguien tuvo que traducir estas longitudes de onda en luz visible para que pudiéramos interpretar los datos como fotografías. Joe DePasquale, encargado de lo anterior en la NASA, cuenta con una guía de colores conocida como la paleta Hubble, similar al lenguaje visual que los pintores norteamericanos utilizaron para pintar paisajes en el siglo XIX, en la que se asignaron colores determinados: las emisiones Sulfur II deben ser rojas, Hidrógeno-alfa debe ser verde, Oxígeno III debe ser azul. Cuando vemos estas imágenes espaciales, no nos acercamos al cosmos sino a una retórica paisajística decimonónica. El significado de las imágenes, de acuerdo a Paglen, es siempre relacional, inestable, contextual, histórico y a menudo político, más aún cuando no tenemos conciencia de percibirlo como tal. Remembrando la metodología sociológica de Raymond Williams, probablemente la paleta de colores que hace legibles a nuestros ojos las imágenes del cosmos, correspondan a los efectos de la cultura dominante, aun cuando no debemos sustraernos de la posibilidad de que aquello ahora considerado como emergente o residual, amplíe su campo de permeabilidad. Los cambios tecnológicos que determinaron nuestra forma de vida bajo la teoría del *Kino-Eye* de Dziga Vertov, atemorizaron lo suficiente a Godfrey Reggio en décadas posteriores como para hacer una apología sobre el caos y la armonía. Hoy una estética prístina casi táctil, sonora y tan presente como las regurgitaciones de nuestras entrañas, nos abre a una experiencia del mundo natural y a la vez tecnológico como en *USERS*. En paralelo, la producción de documentalistas como Sager nos hace concebir la labor periodística como un mecanismo más de desmontaje de las estructuras preexistentes y nos hace creer que, aunque el camino del activismo es largo y pedregoso, son siempre las fuerzas subterráneas las que sostienen la superficie.

5. Los lances del futuro

En su pieza *48 War Movies and Screams* (2019) Christian Marclay realizó un montaje caleidoscópico de imágenes registradas desde la Guerra Civil norteamericana hasta el conflicto del Golfo Pérsico. Los cuarenta y ocho filmes de guerra fueron sobrepuestos uno encima de otro creando un paisaje caleidoscópico que fue acompañado de un sonido ensordecedor

compuesto por gritos, lamentos, balazos y explosiones cuyo resultado final mueve a crear una sensación de ansiedad y desorientación. El registro de la pieza en Internet me recuerda el ruido visual y sonoro que se mantiene constante en nuestra cabeza, hagamos lo que hagamos, vayamos adonde vayamos; me recuerda también a la descripción de los socavones como heridas: una del subsuelo, ambas de la humanidad. En un ejercicio rápido de memoria, podríamos preguntarnos cuántas imágenes calculamos haber visto en las redes y los medios masivos a raíz del movimiento disidente en contra de la embotelladora Bonafont en tierras poblanas. Los policías amedrentaron a aquellos que amenazaban, celular en mano, con viralizar esas imágenes, pero también los medios informativos locales invisibilizaron esta revuelta que se volvió de carácter mundial gracias a la publicación de un reportaje en *The New Yorker* más de un año después, so pretexto del socavón. Nos cuesta recordar la presencia de dichas imágenes en los medios, inclusive podría asegurar que muy pocos las vieron en las noticias o en las redes sociales. Las imágenes que recordamos con facilidad son las que provocan nuestra indignación a causa de la deshonra pública, la circulación de esas que desafían el fuero íntimo. Lo que hoy constituye la cultura de la cancelación y otras prácticas como el doxeo y el *cyberbullying* son fenómenos que, por desgracia, han llegado a definir nuestra cultura visual. ¿Cuáles de estas imágenes, sean de guerra, sufrimiento, abuso, violencia, privación de la libertad, inmigración, miseria, nos mueven la mayoría de las veces a imaginar soluciones que no impliquen la censura tecnológica? El trabajo fotográfico de artistas como Taryn Simon erige, con toda seguridad, un régimen escópico más cercano a la clandestinidad, pero también a la intimidad. Sus imágenes no pueden ser leídas más que como alegorías del presente: las cápsulas nucleares que la artista encuentra fortuitamente dibujando el contorno del mapa estadounidense, la mujer en el quirófano a punto de someterse a una himenoplastia, el tigre albino maltratado por productoras cinematográficas y agencias de publicidad. Estas imágenes producen narrativas de los tiempos actuales en las que palabras como cancelación se relacionan con oscuridad, ostracismo, oscurantismo. No requerimos de más saturación visual ni de más ruido mental. Una alternativa, quizás, sea la de abrirnos a la invitación que Merleau-Ponty hace para comenzar a des-ocultar las imágenes del presente social.